

## AFORISMOS DE LEONARDO DA VINCI EN CLAVE CIENTÍFICA Y MULTIDISCIPLINAR

*Eduardo García de Zúñiga*  
Ingeniero, científico y profesor universitario

### RESUMEN

Un *aforismo* es una frase breve y concisa que viene a expresar una idea o principio de una forma convincente y reflexiva, condensando en pocas palabras alguna idea o pensamiento relacionado con muy diversos géneros literarios o disciplinas científicas, y ello con una buena dosis de sabiduría y profundidad, que viene a facilitar su respetuoso recordatorio.

A continuación, recogemos una nueva serie de aforismos pensados y escritos por el genial y multidisciplinar Leonardo da Vinci, los cuales versan sobre diversos ámbitos y disciplinas a nivel filosófico, científico, artístico, etc., y que constituyen un verdadero legado histórico. Estos aforismos fueron recopilados y traducidos por Eduardo García de Zúñiga, ingeniero, científico y profesor universitario uruguayo que desarrolló importantes proyectos culturales e históricos como éste.

### 1. REFUTACIÓN DE LAS CIENCIAS OCULTAS



- Como el más tonto de los razonamientos humanos debe ser reputado el que invita a la credulidad en la nigromancia, hermana de la alquimia, la cual da a luz cosas simples y naturales; pero es tanto más digna de censura que la alquimia, cuanto ella no da a luz cosa alguna que no sea su propia imagen, es decir, la mentira.

- Eso no ocurre con la alquimia, administradora de los simples productos de la naturaleza; oficio que no puede desempeñar la naturaleza por carecer de instrumentos orgánicos que le permitan operar lo que opera el hombre mediante sus manos, con las cuales fabrica el vidrio, etc.

- Pero la nigromancia es verdadero estandarte y bandera echada al viento, para servir de guía a la necia multitud, que muestra con sus clamores los infinitos efectos de tal arte. Circulan libros llenos de afirmaciones referentes a la acción de los encantamientos y de los espíritus que hablan sin lengua y sin aquellos instrumentos orgánicos indispensables para la palabra; y no sólo afirman que los tales espíritus hablan, sino que les atribuyen la capacidad de transportar grandísimos pesos, de provocar lluvias y tempestades, y de convertir a los hombres en gatos, lobos y otras bestias; ¡por más que, en calidad de bestias, deberían, en primer lugar, contrastar los que semejantes cosas afirman!

- Cierto es que si existiera la nigromancia, como lo creen los pobres de espíritu, no habría sobre la Tierra nada que la igualara en daño o en provecho del hombre. En efecto, si en ella residiera la facultad de turbar la tranquila serenidad del aire, convirtiéndola en nocturno aspecto; la de poder, desencadenar vientos y rayos, acompañados de horribles truenos y fulguraciones en las tinieblas; la de echar por tierra altos edificios y arrancar de cuajo los árboles de las selvas con vientos impetuosos; o exterminar los ejércitos, dispersándolos y aterrándolos, o, finalmente, causar, dañosas perturbaciones atmosféricas que arrebatan a los agricultores el premio de sus fatigas: ¿qué sistema de guerra podría

concebirse que tanto perjudicara al enemigo como arruinar sus cosechas? ¿Qué batalla naval se asemejaría a la que libraría quien tuviera a los vientos bajo su comando y en sus manos la ruina y naufragio de cualquier flota? A la verdad, quien disponga de un poderío tan avasallador será señor de los pueblos, y ningún ingenio humano resistirá a su fuerza destructora. Los tesoros ocultos, las gemas escondidas en el seno de la tierra, le serán todas reveladas. Se hará llevar, a través de los aires, de Oriente a Occidente, para gozar de todos los más opuestos aspectos del universo...

- Pero ¿a qué extenderme todavía más? ¿Qué cosa es la que no podría ser realizada con ayuda de ese, artefacto? Ninguna casi, excepto librarse de la muerte. Y si ella existe de veras, ¿por qué no se ha quedado por ninguna divinidad? Pues sé de muchos que, por satisfacer su apetito, no dudarían en abolir a Dios junto con todo el universo.

- Si no ha permanecido entre los hombres, siéndoles tan necesaria, es porque nunca existió ni existirá jamás.

- ¡Quiero hacer milagros! Tendrás que vivir con mayor estrechez que los otros hombres más sensatos: los que pretenden enriquecerse en un día viven por largo tiempo en la pobreza, como ocurre y ocurrirá siempre a los alquimistas, empeñados en crear oro y plata, y a los ingenieros que quieren que el agua muerta dé vida de continuo movimiento a sí misma, o al solemne tonto que cree en la nigromancia y en los encantamientos.

- No me ocuparé de la Fisiognomónica ni de la Quiromancia, porque no hay verdad en ellas, simples quimeras sin fundamentos científicos.

- Ciertamente es, sin embargo, que la naturaleza de los hombres, sus vicios y sus temperamentos se muestran en parte por los rasgos de la cara:

- a) Cuando la separación entre las mejillas y la boca, los orificios de las narices y las órbitas de los ojos se destacan con evidencia, tales signos son propios de hombres alegres y risueños; los signos contrarios caracterizan a los pensadores y meditativos.
- b) Los que tienen los rasgos faciales muy pronunciados en relieve y profundidad, son hombres bestiales, iracundos y de escaso entendimiento.
- c) Los que tienen muy marcadas las líneas del entrecejo son iracundos.
- d) Los que tienen fuertemente delineadas las arrugas transversales de la frente, son hombres que se lamentan copiosamente en público o en secreto.

Y así podríamos hablar de muchos otros rasgos.

- ¡Oh, investigadores del movimiento perpetuo, cuántos vanos proyectos fraguasteis en su búsqueda! Idos en compañía de los inventores de la fabricación del oro.

- No debemos desear lo imposible.



## 2. ESTÉTICA

- Con razón la pintura se duele de ser excluida del número de las artes liberales, siendo, como es, verdadera hija de la naturaleza, y operando por medio del ojo, que es el más digno de los sentidos.

- Injustamente, pues, ¡oh, escritores!, la habéis dejado fuera del conjunto de dichas artes liberales; desde que ella no sólo se aplica a las obras de la naturaleza, sino que realiza infinidad de otras que la naturaleza no creó jamás.

- Y es porque los escritores no se han percatado de la ciencia de la pintura, ni han sabido describir los grados y las partes que la constituyen -pues la obra artística no se traduce en palabras-,

que, en su ignorancia, la han relegado a un rango inferior al de las ciencias, lo cual no alcanza, sin embargo, a privarla de su divino carácter.

- Y a la verdad, una razón tenía para no ennoblecerla: ella es noble por sí misma, sin ayuda de ajenas lenguas, como lo son las obras excelentes de la naturaleza. Y si los pintores no la han descrito ni convertidora en ciencia, no es por culpa de la pintura, que no es por ese motivo menos noble, sino porque hay pocos pintores que hagan profesión de las letras, no bastándoles toda su vida para dominar su arte.

- ¿Diremos, acaso, que las virtudes de las hierbas, piedras, plantas, no existen porque los hombres no las han conocido? No, por cierto; diremos, antes bien, que ellas conservan su nobleza, sin la ayuda de las lenguas o letras humanas.

- Una ciencia es tanto más útil cuanto más universalmente pueden comprenderse sus producciones; y, al contrario, lo serán menos en la medida en que éstas sean menos comunicables.

- El fin de la pintura es comunicable a todas las generaciones del universo, porque depende de la facultad visual, y las impresiones de la visión pasan al cerebro sin utilizar el oído.

- Ella no necesita, por consiguiente, de intérpretes de diversas lenguas, como la literatura; y satisface de inmediato al espíritu humano, a semejanza de las cosas que produce la naturaleza. Y no sólo a la especie humana, sino también a los otros animales; así ocurrió con una pintura que representaba a un padre de familia: los hijos, todavía en pañales, lo acariciaban, como asimismo el perro y el gato de la casa, siendo algo maravilloso contemplar este espectáculo.

- Las ciencias imitables son tales que en ellas el discípulo iguala al maestro, y sus producciones son semejantes a las de éste. Son útiles al imitador, pero no poseen la misma excelencia que es propia de las que no pueden pasar en herencia como los otros bienes, y entre las cuales priva la pintura. Ella no se enseña a quien la naturaleza no lo concede; ocurre lo contrario con las matemáticas, en las que el discípulo asimila todo lo que el maestro le explica. La pintura no se copia como las producciones literarias, cuyas reproducciones valen tanto como el original; ni se genera por fiel imitación como las obras de la escultura, que pueden reemplazar al original en cuanto al efecto artístico; ni se prolifera en infinitos hijos como los libros impresos. Sólo la pintura se mantiene en su nobleza, honra a su autor, es preciosa y única, y no pare hijos iguales a sí misma. Y esta singularidad la hace más excelente que las otras ciencias que por todas partes se divulgan.

- ¿Pues no vemos a los más grandes reyes del Oriente andar velados y cubiertos, pensando disminuir su fama si mostraran al público su presencia? ¿Y no se ven las pinturas representativas de la suprema divinidad, envueltas constantemente en riquísimas telas que las mantienen cubiertas? Al acto de descubrirlas preceden grandes solemnidades eclesiásticas, acompañadas de variados cantos y diversas piezas musicales. Asiste a él gran multitud de gentes que se prosternan y adoran al ser fulgurado en la pintura, y le solicitan la gracia de recuperar la perdida salud y obtener la salvación eterna, exactamente como si tal divinidad estuviera allí presente y viera.

- Esto no se ve en ninguna otra ciencia, en ninguna otra creación humana. Si dijeras que no interviene aquí la potencia del pintor, sino la propia potencia de la cosa imitada, te contestaré que, si así fuera, podrían los hombres dar satisfacción al deseo de su mente sin abandonar el lecho y sin ir a lugares de acceso difícil y peligroso, como vemos que lo hacen en frecuentes peregrinaciones.

- Pero si estas peregrinaciones se realizan continuamente, ¿quién las inspira sin necesidad? Confesarás ciertamente que es el simulacro pictórico de la Divinidad, la cual no podría ser figurada en efigie y virtud por ninguna descripción literaria. Parecería, pues, que la Divinidad ama la tal pintura y ama a los que la aman y reverencian, y se deleita más en ser adorada, en esa figura que en otra imitación

suya, y que, en fin, por ella concede gracias y dones de salud, según creen los que a tales lugares de peregrinación concurren.

- El ojo, que llaman ventana del alma, es la vía principal por donde el centro de los sentidos o común sentido (*comune senso*) puede contemplar más ampliamente las infinitas y magníficas obras de la naturaleza; la oreja es el segundo sentido, el cual se ennoblece escuchando el relato, de las cosas que el ojo ha visto.

- Si vosotros, historiadores, o poetas, o matemáticos (*hombres de ciencia*), no habéis visto las cosas con vuestros ojos, mal podréis referirlas por escrito; y si tú, poeta, quieres trazar una historia con la pintura de tu pluma, el pintor con su pincel lo hará más satisfactoriamente y, causando menos hastío, logrará que lo entiendan. Si tú llamas a la pintura una poesía muda, el pintor podrá replicarte diciendo que la poesía es una pintura ciega. Decide ahora cuál es la más perjudicial de las dos incapacidades: la del ciego o la del mudo. Si el poeta es tan libre en sus invenciones como el pintor, sus ficciones no procuran al hombre tanta satisfacción como las pinturas, porque si la poesía se empeña en figurar con palabras, formas, hechos, sitios, el pintor busca en la imitación de las formas la manera de reproducirlas. Ahora bien, ¿qué está más cerca del hombre: su nombre de hombre o su figura humana? El hombre cambia de un país a otro; la forma sólo se altera con la muerte.

- Si dijerais: la poesía perdura más, yo contestaría que las obras del calderero son más durables aún, y que el tiempo las conserva más que las vuestras y las nuestras; pero, fantaseos aparte, la pintura, ejecutada sobre una superficie de cobre y empleando colores de vidrio, dura indefinidamente.

- El arte que profesamos nos confiere el derecho de llamarnos descendientes de Dios. Si la poesía trata de filosofía moral, nuestro arte se ocupa de filosofía natural; si aquella describe las operaciones de la mente que la ocupan, ésta influye en los movimientos con la mente; si aquella aterroriza a los pueblos con sus ficciones infernales, ésta produce igual efecto poniéndolas en acción. Imaginemos al poeta y al pintor rivalizando en la representación de la belleza, de la fiereza o de la fealdad nefanda y monstruosa; por muchas transmutaciones, de formas que el poeta realice a su modo y antojo, nunca llegará a superar al pintor. ¿Pero no se han visto pinturas tan conformes a la verdad que engañaban a hombres y animales?

- Hay de la imaginación al efecto la misma proporción que de la sombra al cuerpo que la proyecta, y esa misma proporción existe entre la poesía y la pintura. Porque la poesía representa las cosas con la imaginación, literaria, mientras que la pintura las representa fuera del ojo, en forma real, después de haber recibido del ojo mismo las imágenes, no de otro modo que si fueran las cosas naturales. La poesía no da esa imagen de las cosas, las cuales no son por ella percibidas siguiendo el camino de las impresiones visuales, como ocurre con la pintura.

- La pintura representa a la sensibilidad, con más verdad y certidumbre las obras de la naturaleza, de lo que hacen las palabras o las letras; aunque las letras representan con más verdad las palabras de lo que podría hacer la pintura. Pero siempre diremos que es más admirable aquella ciencia que representa las obras de la naturaleza, que la que sólo representa las obras del operador, es decir, las obras de los hombres, las palabras, como hace la poesía y otras semejantes que se manifiestan por el lenguaje humano.

- El ojo, por el cual se refleja como por un espejo la belleza del universo a quien la contempla es de tan grande excelencia que el que consiente en su pérdida renuncia a representarse todas las obras de la naturaleza, viendo las cuales se reconcilia el alma con la prisión del cuerpo. Gracias a los ojos, el alma se representa todas, las varias cosas de la naturaleza, pues quien los pierde queda con su alma encerrada en una oscura prisión adonde no llega ninguna esperanza de ver de nuevo el sol, luz de todo el universo. Hombres hay para los cuales las tinieblas nocturnas son sumamente odiosas, aunque de breve duración. ¿Qué harían ellos si esas tinieblas los acompañaran por toda su vida?

- Nadie, a buen seguro, preferiría perder, antes que el oído o el olfato, el sentido de la vista. La pérdida del oído sólo trae consigo la pérdida de todas aquellas nociones que se resuelven en palabras; mientras que, la de la visión, lo privaría de la belleza del mundo, la cual consiste en la superficie de los cuerpos, ya sean naturales o producidos por el arte, que se reflejan en el ojo humano.

- La pintura sirve a un sentido más digno que la poesía y reproduce con mayor verdad que el poeta las figuras de las obras de la naturaleza; y éstas son mucho más dignas que las palabras, que son obra humana; porque media la misma proporción entre las obras de los hombres y las de la naturaleza que la que separa al hombre de Dios. Es, por consiguiente, más digna cosa imitar las obras de la naturaleza con verdaderas imágenes de los hechos, que imitar con palabras los hechos y palabras de los hombres.

- Y si quieres, ¡oh, poeta!, describir las obras de la naturaleza sin salir de tu profesión, fingiendo diversos sitios y formas de varias cosas, el pintor te vencerá con infinita superioridad de potencia. Si quieres, en cambio, apropiarte ciencias ajenas, separadas de la poesía, tienes que reconocer que no te pertenecen: tales la astrología, la retórica, la teología, la filosofía, la geometría, la aritmética y otras semejantes. Dejas ya entonces de ser poeta, te transformas y no eres más aquél de quien hablamos ahora. ¿No ves, pues, que, si quieres ir a la naturaleza, irás con ayuda de las ciencias inventadas por otros para estudiar los efectos naturales? El pintor, por sí solo, sin valerse de nada perteneciente a las diversas ciencias, irá, en cambio, directamente a la imitación de las obras de la naturaleza.

- Así el amante será atraído hacia el simulacro de la amada y hablará con la pintura que la imita. Los pueblos, con fervientes votos, marcharán en busca de los simulacros de los dioses, y no a ver las obras de los poetas que figuran con palabras a esos mismos dioses. Hasta los animales se dejan engañar por las pinturas. Yo vi hace algún tiempo cómo, engañado por el parecido, un perro hacía grandes fiestas a una pintura que representaba a su amo; y análogamente he visto perros abalanzarse ladrando contra perros pintados, queriendo morderlos; y a un mono hacer mil locuras frente a otro mono pintado; he visto, en fin, golondrinas volando e intentando posarse sobre los hierros figurados en saliente en las ventanas de los edificios.

- La imaginación no ve tan excelentemente como el ojo, porque éste recibe las apariencias o similitudes de los objetos y las transmite a la sensibilidad, y de la sensibilidad al común sentido, que las juzga. Pero la imaginación no sale fuera del común sentido sino para ir a la memoria, donde se detiene y muere, si la cosa imaginada no es de gran excelencia. En este caso la poesía reaparece en la mente o en la imaginación del poeta, que inventa las mismas cosas que el pintor y pretende con ellas igualarlo; pero queda muy lejos de él, como antes lo hemos demostrado. Luego, pues, en estas invenciones, podremos ajustándonos a la verdad, decir que hay tanta distancia de la ciencia de la pintura a la poesía como entre el cuerpo y la sombra que proyecta; o mayor todavía, puesto que la sombra de tal cuerpo entra al menos por el ojo hasta el común sentido, mientras que la imaginación del mismo cuerpo nace allí mismo, en el común sentido (*o cerebro*). ¡Cuánta diferencia entre el imaginar la luz en el cerebro y verla efectivamente fuera de las tinieblas!

- Si describes, ¡oh, poeta!, una sangrienta batalla en medio de una oscura y tenebrosa atmósfera, que ensombrecen el humo de terribles y mortíferas máquinas y la espesa polvareda que levantan en su fuga, enloquecida por el temor y la muerte, los míseros combatientes, el pintor te supera también en este caso, porque tu pluma habrá consumido todo su poder antes de que termines la descripción de lo que el pintor, con su ciencia, habrá logrado representar inmediatamente, y tu lengua se verá impedida por la sed, y tu cuerpo por el sueño y el hambre, antes de que muestres con tus palabras lo que el pintor muestra con su pintura en un instante. Y en esa pintura sólo faltará el alma de las cosas representadas. De cada cuerpo se verá íntegramente todo lo que un solo aspecto puede revelar; al paso que la poesía necesitará repetir, con largo y molesto esfuerzo los movimientos de los actores del combate y describir en detalle los miembros de sus cuerpos y ornamentos; cosas todas que la pintura te pone por delante

con tanta rapidez como verdad. Sólo echarás de menos en ella el estrépito de las máquinas, el clamor terrorífico de los vencedores, los gritos y quejas de los vencidos; pero sobre todo el poeta no podrá tampoco representarlo al sentido del oído. Diremos, en resumen, que la poesía es ciega, que opera principalmente sobre los ciegos, y la pintura sobre los sordos; y por eso la pintura puede reclamar para sí más alta dignidad, ya que sirve a un sentido superior.

- El único oficio del poeta consiste en fingir palabras de personas que hablan unas con otras, y sólo estas palabras ofrece al sentido del oído como naturales, pues lo son en sí en cuanto creaciones de la voz humana. En todos los demás casos, el pintor lo supera. Pero más numerosas, sin comparación, son las variedades a que se aplica la pintura que aquellos que son del resorte de la palabra. Infinitas cosas harán el pintor que no podrán designarse con palabras, por carencia de vocablos apropiados. ¿No ves, en efecto, que si el pintor quiere figurar animales o diablos en el infierno la abundancia de sus invenciones no tendrá límite?

- Me sucedió hace algún tiempo representar en pintura una divinidad. Un enamorado de mi obra, habiéndola comprado, la despojó de los atributos divinos para poder besarla sin sospecha de profanación. Pero la conciencia venció al fin los impulsos de la sensualidad, y la pintura fue retirada de su casa. ¡Ea, pues, poeta! Describe una belleza, sin representación de cosa viva, capaz de despertar en los hombres semejantes apetitos. Si tú dices: «Yo te describiré el infierno o el paraíso y otros horrores o delicias», el pintor te aventajará solicitándote, en silencio, con iguales delicias, o inspirándote el deseo de huir con los horrores imaginarios de sus pinturas. La pintura excita los sentidos más pronto que la poesía. Si afirmas que, con la palabra, tú eres capaz de hacer llorar o reír a la multitud, te contestaré que no eres tú quien la conmueve, sino el orador y su fisonomía. Cierta pintura representó a un hombre en el acto de bostezar, y todos cuantos miraban la pintura bostezaban en seguida. Otros han representado actos lujuriosos, y sus pinturas incitaban a quien las contemplaba, a imitar tales actos, cosa que no está al alcance de la poesía. Si tú, poeta, describes la figura de algunos dioses, tu escritura no merecerá las mismas muestras de veneración que el cuadro que la represente, el cual será objeto de continuos votos y diversas oraciones; y vendrán a visitarlo muchas generaciones de varias provincias y aun de los mares del Oriente para pedir su socorro. Nada de eso ocurrirá con tu escritura.

- ¿Quién no preferirá perder el oído, el olfato y el tacto antes que la vista? Porque el que pierde la vista es como un hombre desterrado del mundo, puesto que ya no puede verlo ni ver cosa alguna; y una vida semejante es hermana de la muerte.

- También los animales sufren mayor perjuicio privados de la vista que privados del oído, y esto por varias razones: primero, porque la vista les es necesaria para hallar el alimento que es indispensable para su nutrición y, segundo, porque es con la vista como se percibe la belleza de las cosas creadas, y máximamente de las que inducen al amor. Es así como, entre los hombres, el ciego de nacimiento no puede concebir por el oído lo que es la belleza, porque nunca tuvo noción de ella; y el sentido del oído que le queda sólo le sirve para entender las voces del lenguaje humano, que encierra los nombres de todas las cosas que tienen nombre. Sin saber siquiera esos nombres, también se puede vivir contento, como viven los sordomudos, que se distraen dibujando.

- ¿Qué poeta, con sus palabras, reproducirá para ti, amante, la exacta efigie de tu ideal, con tanta verdad como el pintor? ¿Quién te mostrará los paisajes de los ríos, bosques, valles y campiñas, donde pasaron tus días más felices, si no es el pintor?

- Y sí tú dices: «La pintura es de por sí una poesía muda si no hay alguien que nos explique lo que ella representa», ¿no ves que tu libro está en peores condiciones? Porque, suponiendo que alguien hable por él, todavía te será imposible ver las cosas de que habla, como se verán las cosas que una pintura representa, si en la misma las escenas y los hechos son tan bien ordenados mentalmente que entendemos la pintura como si nos hablara.

- La pintura es una poesía que se ve sin oír; y la poesía es una pintura que se oye y no se ve; son, pues, estas dos poesías o, si lo prefieres, dos pinturas, que utilizan dos sentidos diferentes para llegar a nuestra inteligencia. Porque si una y otra son pintura, pasarán al común sentido a través del sentido más noble que es el ojo; y si una y otra son poesía, habrán de pasar por el sentido menos noble, es decir, el oído.

- Someteremos entonces la pintura al juicio del sordo de nacimiento, y la poesía será juzgada por el ciego de nacimiento. Y si la pintura está figurada con los movimientos propios de los caracteres morales que actúan en un sentido determinado, no hay duda de que el sordo de nacimiento comprenderá la obra y las intenciones del pintor; pero el ciego de nacimiento no comprenderá nada de lo que el poeta manifieste y que haga honor a la poesía. Y aunque entre sus nobles representaciones se cuentan las de los gestos de los personajes que componen sus historias, las de los paisajes con sus ornamentos deleitosos y sus aguas transparentes que muestran el verde fondo y cuyas ondas juegan sobre las praderas o los menudos guijarros y abundan en peces de ágiles movimientos; todas estas descripciones podrían dirigirse con igual efecto a una piedra que a un ciego de nacimiento, quien nunca vio cosa alguna de las que forman la belleza del mundo, es decir, la luz, las tinieblas, el color, los cuerpos, las figuras, los paisajes, la lejanía, la proximidad, el movimiento y el reposo, que son los diez ornatos de la naturaleza.

- Pero el sordo, privado del sentido menos noble, aunque haya perdido juntamente el lenguaje, porque nunca oyó hablar, y no haya podido aprender ninguna lengua, podría, sin embargo, percibir cualquier detalle del cuerpo humano mejor que uno capaz de hablar y oír; y comprenderá también las obras del pintor y todo lo que en ellas se represente con figuras apropiadas.

- La pintura es una poesía muda y la poesía una pintura ciega, y una y otra van imitando la naturaleza en cuanto les sea posible, y por una y otra pueden mostrarse muchos hábitos morales, como hizo Apéles con su *Calumnia*.

- Pero del hecho de que la pintura sirve a un sentido más noble, como es el ojo, resulta para sus producciones una especie de proporción armónica; en otros términos: de la misma manera que muchas voces diferentes, unidas en simultáneo efecto, dan la sensación de una proporción armónica que satisface el sentido del oído al extremo de producir en los auditores una admiración casi estática, así también, y aun mucho más, las bellezas proporcionadas de un rostro angélico, puestas en pintura, son para el ojo lo que es para el oído un armonioso concierto de sonidos musicales. Y si esta armonía de bellezas es mostrada al amante de la mujer que les ha servido de modelo, la admiración profunda y el placer incomparable de sus ojos serán muy superiores a todo lo que podría experimentar con sus otros sentidos.

- En cambio, la poesía -obligada a ensayar la representación de una perfecta belleza, mediante la figuración de cada una de las partes que componen la armonía pictórica mencionada antes- no llegará a obtener un resultado que supere en gracia al que nos proporcionaría el músico haciéndonos oír sucesivamente, en varios tiempos, cada una de las voces, que sólo actuando a la vez formarían un armónico acento; o al que lograríamos haciendo mostrar un rostro parte por parte, recubriendo siempre las que mostramos primero. En una tal exhibición nuestros ojos olvidarían cada cosa a medida que otra la reemplazara, y no podrían abrazar el conjunto en simultánea y proporcionada armonía.

- Tal ocurre con las bellezas de cualesquiera creaciones del poeta, de las cuales, por ser sus partes recitadas separadamente, en tiempos separados, la memoria no puede percibir ninguna armonía.

- La pintura se muestra directamente, con la manifestación para la cual su autor la generó, y da al sentido máximo todo el placer que puede dar cosa creada por la naturaleza. En este caso, el poeta, que envía las mismas cosas al común sentido por el camino del oído, sentido inferior, no da otro placer que el experimentado escuchando el relato de una cosa.

- Ahora bien, observa cuánta diferencia media entre oír, durante un lapso prolongado, contar una cosa que da placer a los ojos, y verla con la presteza con que se ven las cosas naturales. Y aunque las producciones poéticas sean leídas dedicándoles mucho tiempo, suele acaecer con frecuencia que no las entendamos o necesitemos, para alcanzar a entenderlas, del auxilio de diversos comentarios; sucediendo entonces todavía que los mismos comentadores rarísima vez penetran la mente del poeta; y, en fin, muchas veces no leemos, apremiados por el tiempo, sino pequeña parte de sus obras. Pero la obra del pintor es inmediatamente comprendida por quienes la contemplan.

- La pintura, en un instante solo, representa su esencia en tu facultad visual, y utiliza el propio medio con que la percepción recibe los objetos naturales, y el mismo momento en que se componen la armónica proporcionalidad de las partes constituyentes del todo que satisface al sentido: la poesía, en tanto, transmite, por un intermediario menos, digno que el ojo y más confusamente y con mayor tardanza que este órgano, las representaciones de las formas mencionadas. Dicho órgano es, en efecto, el que interpreta los objetos, haciendo que la sensibilidad pueda percibir enseguida, con suma verdad y exactitud, las superficies y figuras que ante él se manifiestan, armonizándolas en un dulce conceso, agradable al espíritu. No de otro modo se armonizan diversas voces simultáneas en el sentido del oído; pero también en este caso el sentido del oído es inferior en dignidad al del ojo, porque las sensaciones auditivas son fugaces y nacen y mueren, tan veloces en nacer como en morir: cosa que no puede ocurrir con el sentido de la vista. Si representas para los ojos una belleza humana compuesta de hermosos miembros bien proporcionados, tal belleza no es tan mortal ni se disipa tan ligero como la de la música; antes bien goza de larga permanencia y se deja ver y curiosear. No renace, como la música, en fuertes sonoridades que molestan. Esa belleza humana te enamora y es causa de que todos los sentidos quisieran poseerla y luchar a porfía para lograrlo. Su boca, por ejemplo, desearíamos apropiárnosla e incorporárnosla; nuestro oído sentiría placer en escuchar la descripción de sus encantos; el sentido del tacto penetraría de buena gana en todos sus secretos; el olfato anhela absorber el aire que ella constantemente respira. Pero el tiempo destruirá en pocos años esa belleza y armonía; mientras que, imitada por el pintor, se conservará un largo plazo; y los ojos, desempeñando su oficio, sienten un placer tan grande en la contemplación de la belleza figurada, que no se lo procuraría mayor la misma belleza viva. Sólo el tacto quedará insatisfecho, el cual, si ya logró antes su intento, usando de sus fueros de hermano mayor, no impedirá después a la razón que considere a su gusto la divina belleza. A esto suplirá en gran parte la imitación pictórica, pero nunca las descripciones del poeta, que, pretendiendo equipararse al pintor, no se da cuenta de que el tiempo separa sus palabras, con las cuales va mencionando uno a uno los miembros de la belleza, deja que el olvido se interponga entre ellas y divide las proporciones, que le es imposible al poeta detallar sin gran prolijidad, fallando así en su intento de componer el resultado armónico hecho de tales divinas proporciones. El lapso que basta para la contemplación de una belleza pictóricamente imitada no bastará, pues, para su descripción verbal; y comete un pecado contra natura, quien se proponga utilizar el oído, allí donde hay que utilizar los ojos. Aplíquesele a los menesteres de la música, y no a la percepción de las figuras naturales cuya imitación compete a la pintura.

- ¿Qué te mueve, hombre, a abandonar tus habitaciones de la ciudad, a dejar parientes y amigos, a recorrer lugares campestres atravesando montes y valles, si no es la belleza natural del mundo, la que, pensándolo bien, sólo puedes gozar con el sentido de la vista? Y si el poeta quiere entonces llamarse, él también, pintor, ¿por qué no aprovechas sus descripciones de aquellos sitios, y te quedas en casa sin tener que soportar el calor excesivo del sol? Al fresco, sin agitación, sin peligro de enfermarte, ¿no conseguirías así un más útil resultado con menos fatiga? Pero el alma no lograría entonces el beneficio que los ojos -ventanas de su habitación- le conceden, de contemplar los alegres paisajes de umbrosos valles, regados por el curso juguetón y sinuoso de los ríos; las variadas flores que armonizan sus colores para encanto de los ojos, y todas las otras cosas que se manifiestan a la vista. Y si el pintor, en los días fríos y duros del invierno, te ofrece la imitación de esos mismos paisajes y de otros que fueron escenario de tus placeres; si en ella puedes verte de nuevo en compañía de tu amada, cabe a una fuente, rodeado



de floridas praderas, bajo la dulce y verde sombra de los árboles, ¿no sentirás un deleite muy superior al de oír los mismos efectos descritos por el poeta?

- Aquí el poeta nos responde: Admite los argumentos que preceden; pero dice que supera al pintor, porque hace hablar y razonar a los hombres mediante diversas ficciones de cosas inexistentes; que los puede arrastrar a tomar las armas; que sabe describir el cielo, las estrellas, la naturaleza, las artes y cualquier otra cosa. A lo que es fácil responder que ninguna de estas cosas de que se jacta, pertenece a su profesión propia, pues cuando quiere hablar y arengar, el orador lo vence; si habla de astrología, lo que dice lo ha robado del astrólogo; y si de filosofía, al filósofo; porque, en efecto, la poesía no tiene dominio propio, y todo su mérito es el de un mercader que junta las mercaderías hechas por diversos artesanos.

- Cuando el poeta cesa de figurar con palabras lo que en la naturaleza es un hecho, no iguala al pintor. Todo lo que puede efectuar, abandonando tal figuración, es describir las palabras elegantes y persuasivas de la persona a quien hace hablar, y entonces se convierte en orador y no es más un poeta, ni un pintor; si habla de los cielos, se torna astrólogo; y filósofo o teólogo, si se ocupa de la naturaleza o de Dios; pero si vuelve a intentar la figuración de algún objeto, sólo emularía al pintor si, como él, pudiera, con sus palabras, satisfacer el sentido de la visión.

- Pero la divina ciencia de la pintura considera los objetos (ya sean obra de Dios o de los hombres) limitados por sus superficies, y fija con estos lineamientos terminales de los cuerpos, que impone al escultor, la perfección de las estatuas. Gracias a sus principios del dibujo, enseña al arquitecto a dar a sus edificios un aspecto grato a la vista: dirige a los fabricantes de urnas o vasos, y a los orífices y tejedores y bordadores. Ella inventó los caracteres con que se expresan las diversas lenguas, las cifras aritméticas, las figuras de la geometría y enseña la perspectiva a los astrólogos, maquinistas e ingenieros.

- No hay parte alguna de la astrología que no dependa de los rayos visuales y de la perspectiva, hija de la pintura -porque es el pintor quien engendró la perspectiva por necesidad de su arte. Esa perspectiva enseña a trazar las líneas que limitan las figuras todas de los diversos cuerpos creados por la naturaleza. Sin ella la ciencia del geómetra no existiría.

- Si el geómetra reduce toda superficie circundada por líneas a la figura del cuadrado, y todo cuerpo a la figura del cubo, y la aritmética hace lo mismo con sus raíces cúbicas y cuadradas, estas ciencias no van más allá de la noción de cantidad continua y discontinua; pero de la cualidad no se preocupan, la cual es belleza de las obras de la naturaleza y ornamento del mundo.

- Dice el poeta que su ciencia es invención y medida, que forman simplemente el cuerpo de la poesía: invención de materia y medida en los versos, que él adorna después con todas las galas de otras ciencias. A lo que el pintor responde que él tiene las mismas obligaciones en su ciencia de la pintura, es decir, invención y medida: invención de la materia que debe representar, y medida en las figuras para que no aparezcan desproporcionadas; pero que él no se viste de aquellas tres ciencias (aritmética, geometría, perspectiva), antes bien son las otras ciencias la que se visten de la pintura; como la astrología, que no hace nada sin ayuda de la perspectiva, la cual es parte principal de la pintura -hablo de la astrología matemática y no de la falaz astrología judiciaria (¡y perdónenme los que, explotando a los tontos, viven de ella!)

- Dice el poeta que él sabe describir (alegóricamente) cosas que representan a otras llenas de hermosos pensamientos. Y el pintor dirá a su vez que él puede, a su arbitrio, hacer lo mismo; con lo cual demuestra que, también en esto, él es poeta. Si el poeta afirma ser capaz de encender en los hombres el amor, que es cosa principal en todas las especies animales, el pintor podrá hacer lo mismo, mostrando al amante la propia efigie del objeto amado, la que es frecuentemente de tan exacto parecido, que induce a besarla y hablarle: cosa imposible de hacer con las bellezas que describe el poeta. Y aun

llega a tanto el dominio de su arte sobre el espíritu humano que lo tienta a enamorarse de pinturas que no representan a ninguna mujer real.

- Si el poeta sirve al común sentido por vía del oído, el pintor utiliza el órgano más noble de la visión. Bastaría para mi objeto que un buen pintor representase el furor de una batalla, que un poeta describiera la misma y que ambas producciones, una junto a la otra, se exhibieran al público. Verías entonces dónde los espectadores se detendrían de preferencia para contemplar, alabar y manifestar su mayor satisfacción. Ciertamente la pintura, mucho más útil y bella, agrada más. Inscribe en un lugar el nombre de Dios, y confronta esta inscripción con la figura, colocada al lado, que representa al mismo dios; tú verás cuál de los dos, inscripción o figura, inspira más reverencia. Si la pintura comprende en sí todas las formas de la naturaleza, sólo te quedan los nombres, que no son universales como las formas. Vosotros describís los efectos de las cosas visibles; nosotros las representamos en sus efectos.

- Tomad a un poeta que describa las bellezas de una mujer a su enamorado, tomad un pintor que la figure; verás hacia dónde dirigirá la naturaleza al enamorado juez. Debemos, sin duda, dejar al ensayo de la experiencia que pronuncie su dictamen. Habéis clasificado la pintura entre las artes mecánicas; a buen seguro que, si la pintura fuese apta para alabar por escrito sus obras, como lo hacéis vosotros, no sería ella relegada a tan vil categoría. Si la llamáis mecánica porque es con ayuda de las manos que ejecuta lo que la fantasía concibe, vosotros también, poetas, dibujáis manualmente con la pluma lo que os sugiere vuestro ingenio. Y si decís que la pintura es mecánica porque se hace pagar su trabajo, ¿quién cae en este error, si error puede llamarse, más que vosotros? Si dais conferencias en casas de estudios, ¿no vais a quien mejor os paga? ¿Hacéis algo sin beneficio? Aunque no digo esto para censurar tales opiniones, pues todo trabajo espera retribución. Y, en fin, si el poeta dice: mi ficción tendrá un significado grandioso, cosa igual podrá hacer el pintor, como lo hizo ya Apeles con su *Calumnia*.

- Cuentan que el día del natalicio del rey Matías, cierto poeta le ofreció una obra suya que celebraba la fecha memorable en que, para bien del mundo, había nacido el ilustre monarca; y agrega la tradición que un retrato de su amada le fue presentado en el mismo acto por un artista que lo había pintado con tal fin. El rey, apenas tuvo en sus manos la pintura, sin hacer más caso del libro, fijó en ella sus ojos con gran admiración.

- El poeta entonces, fuertemente indignado, dijo: «¡Oh, rey, lee, lee, y percibirás algo de mayor sustancia que una muda pintura!» Pero el rey, oyéndose reprochar su atención hacia cosas mudas, replicó: «Calla, oh poeta, que no sabes lo que dices; esta pintura apela a un sentido más noble que tu libro, que es bueno para ciegos. Dame algo que pueda ver y tocar, y no solamente oír, y no me censure porque he puesto la obra tuya bajo mis codos mientras que sostengo la pintura con ambas manos, frente a mis ojos. Ellas se han puesto espontáneamente al servicio de un sentido superior al oído. Pues yo creo que la distancia que separa la ciencia del pintor de la ciencia del poeta es la que media entre los sentidos respectivos de que se sirven.»

- «¿No sabes tú que nuestra alma se compone de armonía, y que ésta exige contemporaneidad de las partes, en la cual los objetos se hagan ver u oír en justas proporciones? ¿No ves que, en tu ciencia, esa contemporaneidad no existe, sino que antes bien una parte nace de la otra sucesivamente, y no nace la subsiguiente si la antecedente no muere?»

- «Por eso juzgo tu invención bastante inferior a la del pintor: quiero decir, porque no puede componerse con aquélla una proporcionalidad armónica. Ella no satisface la mente del oyente o espectador, como lo hace la buena proporción de los bellísimos detalles que forman la divina hermosura de este rostro que contemplo, los cuales, todos al mismo tiempo reunidos en conjunto, me producen tal placer con su divina proporción, que no creo que otra cosa sobre la Tierra, hecha de mano de hombre, pudiera dármele más grande.»